

“Tu nombre en el Estrecho”, “esbozo musical y cromático”, es un canto de amor; de amor a su esposa Carmen, nombre evocador de la música, el huerto y el jardín (¿el Jardín de las Hespérides?). Canto al amor ante el Estrecho de Gibraltar, donde mares se hermanan y confunden (como cantaba Farid Al-ttrach).

En la segunda parte –o movimiento– del libro, ‘Gris color del horror’, contiene tres poemas admirables: “Mujer sin patera”, “África, recuerdo extremo”, “Al hilo de Rousseau”. Son poemas de denuncia social (no en vano se cita *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso), de solidaridad con los pobres, con los parias de la tierra, con esos emigrantes que, huyendo del hambre y/o de la guerra, se arriesgan a cruzar las peligrosas aguas del Estrecho de Gibraltar. Leyendo el poema, se nos vienen a la mente algunas de las fotografías de Sebastiao Salgado (en la tradición de Jacob Riis y Lewis Hines), imágenes desgarradoras de genocidios y desastres ecológicos de dimensiones apocalípticas.

En la tercera y última parte del poemario, ‘Destellos del misterio’, late la resignación, pero también la esperanza. El poeta, el hombre, se sitúa ante un mar primigenio, primordial, origen de la vida. Es el momento de las grandes preguntas: ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?, ¿qué sentido tiene la vida?, ¿hay algo más allá de la muerte?

“Tejados marinos” (I y II) nos presenta un mar místico, un mar protector (el cielo de Paul Bowles), un mar que habrá de consolarnos tras ese goytisoliano “paisaje después de la batalla”.

En suma, con la publicación de *Los mares de otoño*, Antonio Monclús se reafirma como un magnífico poeta, dueño de un singular discurso y lúcida mirada de nuestro tiempo.

GERARDO PIÑA-ROSALES

Lehman College & Graduate Center (CUNY), ANLE y RAE

Benet, Susana. *La enredadera (Haikus reunidos)*. Sevilla: Renacimiento, 2015, 190 p. ISBN: 978-84-16246-89-2. Impreso.

Ha sido para mí un encargo sumamente grato el que me hizo Susana Benet al pedirme que prologara *La enredadera*, esta antología de sus haikus. Ya me era conocido su arte en poesía; concretamente en haiku, a través de *Faro del bosque* (2006), y también en poemas algo más extensos y sin rima, como los incluidos en *La durmiente*

(2013). Y considero que ya se merecía ella un poemario antológico, como el presente, que recogiera su producción haikista más representativa, y nos recordara sus libros anteriores, como por ejemplo el citado de 2006, así como sus premios literarios y composiciones variadas, siempre dentro de su inspiración como *haijin*, siguiendo una línea muy valiosa y muy suya. La lectura de *La enredadera* me ha corroborado la idea de que Susana constituye ya una referencia muy representativa en el mundo del haiku creado y escrito en español.

La enredadera consta de cinco apartados, respectivamente: “Faro del bosque”, “Lluvia menuda”, “Huellas de escarabajo”, “Ráfagas” e “Inéditos”. Ya en esta simple enumeración de títulos internos empieza a asomar cierta brisa de haiku. El hilo conductor del libro es una observación muy cuidadosa de la naturaleza y de lo humano, y una dicción exquisita, grandemente fiel a la pauta silábica del haiku (5 / 7 / 5), que le proporciona un ritmo eufónico, sonoro y casi rotundo –ese “casi” significa para mí que la humildad de la autora transpira en cada página de su obra, y nunca se aparta del principio estético “Sugerir más que decir”, tan fecundo para el haiku–.

Advierto en esta antología valores lingüísticos muy apreciables, tanto del dominio que se suele llamar “forma” como de su vecino, el dominio del “fondo” o contenido. Sin intención alguna de ser exhaustivo y por seguir cierto orden, yo citaré, con alguna ejemplificación encontrada en los haikus de Susana, valores formales, y otros de contenido. Quede claro que solo pretendo sugerir en cada caso una línea abierta que los lectores pueden encargarse de ampliar.

Como valores de forma, voy a citar: el estilo nominal, la onomatopeya y la reiteración; como valores de contenido, los contrastes o antítesis, la sinestesia o correspondencia de sensaciones, y la metáfora. Se suele decir que “como muestra basta un botón”, y este principio didáctico me servirá de guía para no cansar.

El estilo nominal consiste en prescindir del verbo, parte de la oración de más peso semántico y sintáctico –normalmente– en la frase. A lo sumo, el verbo puede verse representado en el estilo nominal por un gerundio, un participio adjetival, o por un infinitivo sustantivado.

Como ejemplo de haiku sin verbo, citaré (de esta antología, y así lo haré en las citas sucesivas):

El abejorro,
a un lado del cristal.
Al otro, el gato.

Ambos animales se están preguntando por ese enigma interpuesto del cristal. No ha hecho falta verbo. Y como ejemplo de estilo nominal con gerundio:

El gorrioncillo
picoteando un chicle
lleno de hormigas.

¿Ganaría algo el segundo verso si lo empezáramos así: “está picoteando un...?”. Sin duda más bien perdería el ritmo que tiene y resultaría en exceso explicativo.

La onomatopeya es bien apreciable en el verso final del siguiente haiku, muy elocuente de lo que describe:

Frío sardinas.
El gato en la cocina
ronroneando.

La reiteración queda bellamente representada por este haiku, rebosante de vida e ingenuidad, así como de hondura emotiva:

Saltando charcos
voy al colegio y vuelvo
saltando charcos.

Pasando al plano del contenido, leamos este ejemplo de contraste:

Vistas al mar.
Un ciego por la playa
con lotería.

Encontramos aquí un doble contraste: vistas /ciego; y ceguera (minusvalía humana) /lotería (esperanza humana). La sinestesia es observable en el siguiente haiku:

Cesó la lluvia.
Qué transparente el canto
de los gorriones.

Pues la transparencia de la lluvia y de la atmósfera recién limpiada persiste imaginativamente –y así se hace sentir– en el piar de los pájaros. Además, el uso de un “qué” admirativo sin marcas de interjección, confiere una suavidad especial a toda la frase que sigue, y un tono muy acorde –por cierto– con el contenido.

La metáfora no es muy frecuente en haiku, y es por ello una figura muy exquisita:

Mientras la escribo
se deshoja en tres versos
la flor de almendro.

La metáfora atañe aquí a los conceptos “versos” (elemento sustituyente) / “pétalos” (elemento sustituido). Por lo demás, la alusión al haiku mediante la frase “en tres versos” es, desde luego, muy entrañable.

Aparte de todo lo dicho y comentado, añadiré que Susana Benet es maestra en administrar el asombro, esa visión humana situada entre la ingenuidad y la sorpresa. Algunos de sus haikus son una especie de adivinanza, que estalla en sorpresa, normalmente en el verso pentasílabo de cierre.

Son asimismo muy destacables los rasgos locales aquí presentes –en este poemario– de la comunidad valenciana: naranjas, flores, sol, huerta, color. Son referencias claras, que corroboran el entronque local de esta poesía, abierta –por otra parte– a la universalidad. Hay haikus en este libro que me han recordado espontáneamente las pinturas de Joaquín Sorolla, como en estos casos:

Patio interior.
La luz del sol tendida
entre las sábanas.

Rojas cerezas.
Entre las ramas verdes
mi mano blanca.

De Sorolla se ha dicho –según capté en un reportaje rápido transmitido por televisión– que ha sido un artista “capaz pintar la brisa marina”; y que, asimismo, logró “hacer que sus cuadros olieran a mar”. Pienso que estas apreciaciones son muy aplicables al haiku de Susana. Ella misma parece que se dirige a nosotros, lectores de su antología, cuando dice a ritmo de haiku:

Todo el que entra
a admirar mi jardín
sale con flores.

Lean, amigas y amigos, estas sabrosas páginas, y ya me dirán si es verdad.

FERNANDO RODRÍGUEZ-IZQUIERDO Y GAVALA
Universidad de Sevilla



Haiku de Susana Benet ilustrado por Gabriel Alonso